



MUNICIPALIDAD DE

LIMA



BICENTENARIO
PERÚ 2021

Historias de vida y curaciones del Perú



YACHAQ SONQO

Compartiendo tradiciones



YACHAQ SONQO
Compartiendo tradiciones



HISTORIAS DE VIDA Y CURACIONES DEL PERÚ



MUNICIPALIDAD DE
LIMA

Historias de vida y curaciones del Perú

Proyecto cultural Yachaq Sonqo

www.yachaqsonqo.org

yachaqsonqo@gmail.com

Christopher Zeceovich Arriaga
Gerente de Educación y Deportes

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Asesor de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Gestora de proyectos educativos

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: John Martínez Gonzáles

Compiladores: Cecilia Ugaz Calderón, Giuliana González Colunche, Jhean Zapata
Nuñez, Keera Bravo Guevara, Maria Luz Diaz Illatupa, Melissa Velarde Laurente

Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría

Ilustración y diseño de portada: Damaris Caviedes Rodríguez

Editado por la Municipalidad Metropolitana de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Primera edición digital, septiembre 2021

ISBN: 978-9972-726-40-8

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2021 - 10267

Los derechos de edición, distribución y comercialización de esta obra son de
exclusividad de la Municipalidad Metropolitana de Lima y de sus compiladores.

Lima, Perú - 2021

Prólogo

El Perú continúa siendo un misterio y un enigma desde tiempos muy antiguos hasta el día de hoy. Nuestro pasado incaico formó en nuestras almas un imaginario cultural singular que luego de la conquista española estableció un sincretismo cultural único que no se ha visto en otros territorios; en nuestro interior permanece la fuerza de los Apus, la sabiduría de la Pachamama y el brillo del poderoso Inti, conviviendo en paz con religiones y prácticas occidentales que dan como resultado la mística de ser peruano.

Por un lado, saberes que han sido contados de generación en generación para buscar una solución a aquellos males que parecen imposibles de vencer desde la visión de la ciencia y tecnología; cuyes y ajíes que limpian el alma junto con rezos a vírgenes y santos que nos libran del mal, son solo algunas de las tradiciones que nos comparten quienes están dispuestos a que el tiempo no borre estas prácticas de nuestra memoria.

Por otro lado, vivencias alegres, melancólicas, poderosas y mágicas que les tocó vivir a muchas familias a través de los años que dieron forma al Perú independiente que hoy llega a sus doscientos años de autonomía y libertad; un Perú que debió construirse desde su gente, sus experiencias, miedos y sueños.

Por ello, este segundo volumen de relatos orales recoge las maneras en que muchos de los peruanos curan el mal de ojo, el daño, la veta de cerro, entre otros males; así como proezas e ingenios de los que se valieron para sacar adelante a sus familias en diferentes contextos que les tocó afrontar. Curaciones e historias de vida son los protagonistas de esta nueva edición.

Una vez más, Yachaq Sonqo agradece, de corazón, la apertura y calidez con la que cada relator nos contó su historia de vida y curación, permitiéndonos formar parte por un breve momento de su intimidad, su vivencia y verdad.

El Perú demuestra una vez más que, pese a las adversidades y obstáculos, somos una nación que acepta lo que viene de fuera sin perder de vista lo que construimos dentro; logramos un sincretismo cultural a modo de resistencia sin precedentes que es admirado y estudiado en diversas partes del mundo puesto que no se concibe cómo un pueblo pudo aferrarse a sus orígenes indígenas pese a los severos intentos para que olvidemos todo ello. Celebremos esta fortaleza y construyamos una nación intercultural, tolerante y empática desde las tradiciones de su gente.

Equipo de Yachaq Sonqo

Giuliana, Melissa, Cecilia, Luz, Keera y Jhean

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

ÍNDICE

CURACIONES

El abuelo	10
El curandero de la parada	12
El mal de ojo	15
El mal del cerro	17
Entre vírgenes y santos	19
La chilca negra	22
La hierbita misteriosa	24
La veta	27
Las curaciones que conozco	29
Yerberitas	31
Manos que curan	33
Susto detectado	36

HISTORIAS DE VIDA

Aurora	40
La vaca sin cola	44
Lima era chiquita	47
Mi abuelita ángela	49
Mi hermana es diferente	52
Mi papá castraba toros	55
Mi pasión: El sembrío de fresas	60
Mis primeros zapatos	65
Recuerdos de mi vida	67
Un viaje inesperado	71

*Kay weraqochakunaq uma llaqtanta, ñoqayku, as
asllamanta tikrasianiku; sonkoykuwan sonqosianiku,
samiykuwan samisianiku; ñakariq sonqo runa saminqa
ancha cieluyoqmi. Qepa ñeqen takinku yuyasqaykuwan,
mosoq takiykuwanpas, kay llaqtata, qoncho huchamanta,
maykamaraq huchanmanta, qespichisaqku, weqewan,
khuyaywan, ninawan.*

*Al inmenso pueblo de los señores hemos llegado y lo
estamos removiendo. Con nuestro corazón lo alcanzamos,
lo penetramos; con nuestro regocijo no extinguido, con la
relampagueante alegría del hombre sufriente que tiene el
poder de todos los cielos, con nuestros himnos antiguos y
nuevos, lo estamos envolviendo.*

*Túpac Amaru kamaq taytanchisman
(José María Arguedas)*

CURACIONES

EL ABUELO

Este es un dato curioso que me contó una vecina, muy avanzada de edad. Que cuando tú te vas a un campo para acampar, visitar, qué sé yo, y por esa zona nunca hubo gente o no hay accesos, tienes que llevar un cuchillo, y antes de sentarte o hacer contacto directo con el suelo tienes que clavar el cuchillo porque la naturaleza tiene ciertas energías y tú al tener contacto con la tierra estos se apoderan de ti y es ahí donde te agarra el famoso “abuelo”.

A mí me pasó una vez que tenía dolores en la pierna. La señora me dijo que de repente me agarró algo y me explicó que cada vez que vaya al campo haga siempre eso, porque te agarra como una enfermedad.

Una vez a sus nietos les agarró “el abuelo” en la playa, porque fueron a visitar unas cavernas, ellos se sentían mal, tenían dolores, y por más que fueron al médico, no se podían recuperar. Entonces, no les podían sacar al abuelo y fueron a un curioso; ellos sí pueden verlo y los curan jubeándolos con cuy, con coca y más.

A otra amiga le pasó lo mismo, ella no se recuperaba, estuvo a punto de morir y tuvieron que llevarla al mismo nevado del Huaytapallana y hacerle un ritual. Hasta la bañaron ahí y se recuperó. Actualmente vive en Canadá y cada junio viene a visitar el nevado para hacer un pago a la tierra.

Por eso te recomiendo visitar zonas que ya han sido transitadas y existan rutas o caminos y si vas a un lugar virgen lleva tu cuchillo antes de sentarte o por último escupe al piso antes de hacerlo.

Luciérnaga
(41 años)

EL CURANDERO DE LA PARADA

Se llamaba Camacho, o así lo conocían, y atendía en el mercado de La Parada. Yo soy de La Victoria y este mercado existe desde que mi abuelo vendía pescado y mi mamá prestaba plata. Muchos de los vendedores no son de Lima, pero anda míralos con lo bien que les va; este mercado tiene mucha historia.

Bien, resulta que en mi casa éramos cuatro hermanos y casi siempre alguien se enfermaba. Todo tiene solución en esta vida, pero hay algunas cositas que no son tan sencillas de solucionar. Yo me enfermé del apéndice; llegué a ser millonaria, incluso, de tantos millones de penicilina que me ponían para vencer la infección, pero lo verdaderamente importante es que me curé.

Sin embargo, hubo algo que no se me fue: el miedo. No quería ir al colegio ni andar sola en la calle, lloraba o me angustiaba... así no se podría vivir. Mi mamá se dio cuenta y dijo que para estas cosas no hay mejor solución que un huevo. Es así como fui a ver al señor Camacho.

No fue mi primera vez, pero sí la recuerdo bien. El señor Camacho tenía un puesto chiquito en La Parada que más parecía una carpa en donde todos hacían colas de colas para que él les pueda pasar el huevo. Su esposa salía temprano en la mañana a repartir tickets para mantener un orden, ya que era imposible que atendiera a todos un mismo día. Yo hice cola con mi mamá tempranito para no quedarme sin ticket.

El señor Camacho era el mejor rezando con huevo. El tratamiento consistía en tres sesiones de rezos y frotaciones hasta que el huevo ya no pudiera más. Mi mamá me contó que hubo algunos que reventaron a mitad del rezo, en mi caso recuerdo que el primero que me pasaron salió duro, muy duro, como si lo hubiesen puesto a hervir. ¡Santo remedio!

Y cómo es la vida, ¿no? Que cuando una se olvida de ciertas cosas, algo siempre se las recuerda. Resulta que mi hija tuvo que ser operada al nacer, nada grave y muy sencillo, pero la bebé quedó asustada también. Lloraba y lloraba y no había qué la calmara; dormía mal, comía poco; tuve mucho miedo de que se enferme. Fue entonces que mi mamá me hizo recordar que el señor Camacho aún atendía en su puesto de La Parada.

Por esa época, yo estaba viviendo en Balconcillo y no había manera de meterme con la bebé y su emplasto a La Parada, así que mi mamá fue a pedirle al señor Camacho que venga a mi casa a rezar a mi hija. Y así fue.

Se cumplieron las tres sesiones y mi ñaña no lloró más. Resultó ser una niña tranquila, tanto que hubo momentos en que pensamos que ya no nos escuchaba, pero esa es otra historia.

Rosario Colunche
(57 años)

EL MAL DE OJO

Llevé a mi hijito recién nacido a una reunión familiar, y de un momento a otro, se puso a llorar y a ponerse intranquilo; cuando mi tía vio eso, me dijo: lámele la frente y entonces le pasé la lengua. Me preguntó: ¿está salado? Le dije que sí; entonces lo han ojeado, me dice.

¿Qué puedo hacer? Empecé a realizar lo que me dijo. Agarré un periódico y se lo pasé rezando en todo su cuerpecito, una vez que terminé de pasarle el periódico, lo debía quemar y luego botarlo, también me dijo que pude usar un ají amarillo bonito para que le absorba.

Suele suceder que cuando te encuentras con personas que tienen mirada fuerte o quizá te tengan envidia o energía muy fuerte, sin querer te pueden afectar y asustar a los niños.

A mí me pasó y recuerdo que cuando era niña, visité a la abuela de mi papá, ella era una señora con un carácter muy fuerte y una mirada muy intimidante. Entonces la primera vez que la vi, tendría 3 o 4 años, me asusté

mucho, no podía dormir, me despertaba a cada momento y lloraba mucho por las noches. Supieron que fue por el mal de ojo debido a la mirada muy fuerte de mi abuela. Para curarme, me tuvieron que llevar nuevamente a verla y dicen que tenía un tapete que lo puso en el suelo, me puso ahí y con una escoba me empezó a barrer.

*“Chica fea mala, yo te voy a estar ojeando ¡caray!,
qué voy a tener tiempo para estar ojeándote a ti, chica fea
mala”.*

Y con eso ya está, me entregó a mi mamá y me cuentan que después de eso ya estuve tranquila. Mi abuela reconoció que tenía una mirada fuerte y que me hizo mal de ojo.

Desde ahí, cada que puedo, cuido a mi hijo y le paso el papel periódico de vez en cuando.

Luciérnaga
(41 años)

EL MAL DEL CERRO

Allá en Huaytará (Huancavelica) una señora una vez se venía caminando y como estaba tan cansada se quedó dormida un ratito cerca de un cerrito. Luego cuando llegó a su casa le empezaron a dar unos calambres muy fuertes en el estómago, que no se le pasaban con nada. Entonces decidieron llamar al curandero que le hizo una limpia con un cuy negro. Le empezó a rezar y hacer la señal de la cruz con el cuy.

El curandero dijo que le había dado el mal del cerro. La señora casi se muere del dolor. Cuando el curandero terminó de pasar el cuy por todo el cuerpo, este se murió. El curandero dice que con eso ya le había sacado todo el mal.

Para terminar el trabajo de limpia, el curandero llevó el cuerpo del cuy al cerro donde se había producido el daño. Eso lo hizo a la medianoche, porque ese es el horario especial para hacer el pago. Enterró el cuy en ese lugar abriendo la tierra en forma de cruz para que el cerro termine de soltar a la señora. Y luego se regresó al pueblo, pero sin mirar atrás.

Dicen que limpiar con el cuy negro también sirve para curarte del daño que te pueden hacer por brujería.

Rosa Adelina Parra Espinoza
(72 años)

ENTRE VÍRGENES Y SANTOS

Don Vito Quiroga era todo un personaje, de esos que no se olvidan. En todas las fiestas estaba, aunque era difícil verlo con cerveza en la mano, pero eso sí, siempre llevaba en los bolsillos de su clásica guayabera cigarros y chicles para repartir a todos los presentes. Por otro lado, no había vendedor más hábil en todo el Mercado Central; una señora llegaba pidiendo vestido de comunión crema y se iba con lila, feliz de haber escuchado a este hombre que juraba que el lila era el color de la temporada para las niñas.

Bailarín y alegrón, don Vito transmitía mucha paz a donde llegaba. Quizás eso fue parte del don que compartía solo con la familia. Su don era el de la sanación del espíritu en el nombre de la virgen y de los santos guardianes.

Este es el testimonio de una de sus sanaciones:

Luego de nacer mi hija, tuve un cuadro severo de depresión y ansiedad. Yo era ya una mujer madura, pero lloraba pidiendo a mi mamá todas las noches porque no

soportaba la idea de pasarla sola. La angustia que sentía era horrible, como una presión en el pecho que no paraba y empezaba ya a afectar a mi familia.

Probé muchos consejos, pero ninguno hizo efecto. En esa época los psicólogos recién estaban apareciendo y nadie quería verlos. Fue cuando don Vito se enteró de mi problema y un día se aparece en mi casa.

Don Vito rezaba con ají amarillo; tenía que ser un ají amarillo grande y madurito, sin ninguna magulladura. Cuando se apareció, me preguntó: “¿Tienes alguna virgen o santo al que adores?” Yo vengo de una familia devota y arequipeña, así que mi virgencita de Chapi era mi guardiana. Pusimos el cuadro de la virgen en un cuarto cerrado y yo me paré frente a ella. don Vito me indicó que debía de estar tranquila, con los ojos cerrados, concentrada en mi fe y en la virgen que tenía en frente. “Pronto todos los males se irán, vas a ver.”

No recuerdo cuánto duró el rezo, pero sí recuerdo cómo termino el ají: feo, chancado, marrón... para nada estaba como empezó. Tampoco yo me sentía igual. Fue mágico sentirme tranquila otra vez.

Don Vito se fue de mi casa y volvió años después, cuando mi hijo necesitó también de su ayuda. Él nació en octubre, así que siempre encomendé su cuidado al Señor de Luren y al Señor de los Milagros. El proceso fue el mismo y, en conjunto con la atención psicológica que tuvo, logró volver a ser mi niño alegre de siempre.

Es incalculable el aprecio y agradecimiento que tengo con don Vito.

Así era don Vito, mi papá, solo curaba a la familia y cada vez con menos frecuencia. Luego de los rezos, salía cargado, por lo que se iba a caminar, hasta que recuperara su paz. Era como si todo ese mal él también lo absorbiera, porque el ají no era suficiente.

Felipe Jhonny Quiroga La Torre
(60 años)

Rosario Colunche Paredes
(57 años)

LA CHILCA NEGRA

En un pueblito de Huánuco, un pequeño niño de nueve años se encontraba en el campo trabajando con su hermano mayor y de pronto empezó la lluvia, la cual se hizo intensa y debieron retirarse a casa para abrigarse y tomar algo caliente.

Mientras estaban en la casa, el niño empezó a sentirse mal, sentía unos profundos cólicos que lo hacían retorcerse del dolor, se encontraba llorando, apretándose el estómago fuertemente, y decía:

— ¡Me duele la barriga, me duele la barriga!

Al ver esta escena, su hermano mayor, que tenía treinta años aproximadamente y el cual tenía su propia familia, se sintió preocupado y pidió ayuda a su esposa para ver qué le podían dar para que tome y se le calme el incesante dolor.

La esposa del hermano mayor dijo que conocía una planta que le calmaría ese dolor, se fue rápidamente al campo

a buscar esa planta, regresó trayendo tres kilos de tallos de la tan famosa chilca negra e inmediatamente lavó los tallos y puso a hervir agua para después agregarlos, luego que se cocinó la hierba le agregó un cuarto de litro de aguardiente y mezcló bien el preparado para poder hacer la frotación.

Una vez que ya estaba el remedio listo, sacó un poco de este en una tacita para darle, luego de masajear el cuerpo del niño. Entonces, lo llevaron a su cuarto y ahí la cuñada empezó a sacar las hojas hervidas, las escurría y luego con ellas empezaba a frotar su pecho, piernas, pies, cuello y espalda del niño.

Luego lo envolvieron bien con varias frazadas y se quedó dormido hasta medianoche. Cuando se despertó, todo su polo se encontraba mojado por el sudor debido a la frotación que le habían hecho, ya su cuñada le había advertido al menor que sudaría y que cuando esto sucediera debía cambiarse inmediatamente de polo. Así se llegó a curar.

Eusebio Diaz Ramos
(74 años)

LA HIERBITA MISTERIOSA

Cuenta una habitante de la región del Cusco que después de más de veinte años, ella y su hermana mayor volvían al pueblito de Anta a visitar a su madre y pasar un tiempo al lado de ella. Las hermanas llegaron muy contentas a su pueblo, se aclimataron y luego se dieron cuenta de que la casa de su mamita necesitaba ser arreglada de rincón a rincón, así que, entre las dos, empezaron a mover cajas, costales y todo aquello que estaba de más en la humilde morada de su señora madre.

Se encontraban en plena faena moviendo todo de un lado otro, cuando de pronto, sucedió algo inesperado y alarmante; la hermana mayor que venía de Lima a sus treinta años habiendo salido de Anta a los seis, empezó a sangrar por la nariz de una forma tal que todos se asustaron y trataron de socorrerla, empezaron a lavarle con agua y jabón, tenían su cabeza apoyada hacia atrás, pero la hemorragia no paraba, era demasiado incesante.

El hermano mayor que residía con su mamá y su familia en esta casa, decidió llevar a su hermana a la posta

médica de la zona para que le cautericen la vena y pare el sangrado, pero fue en vano, no lograron hacer mucho. La hemorragia no cesaba, así que volvieron a la casa para tratar de buscar una salida.

La hermana menor, que era la que hablaba muy bien el quechua y podía comunicarse con su madre y su hermano mayor con total claridad, a comparación de la mayor que no entendía nada, con un tono de angustia le dijo a su madre:

Mamá, mamá ¿no conoces alguna hierba para echarle a Nati y se le corte el sangrado?

La mamá respondió:

Sí, voy a ir a buscar, mientras tanto ustedes lávenle bien su cara.

La mamá salió apresurada hacia el campo en busca de alguna solución para aquella incesante hemorragia; a los diez minutos volvió corriendo con un manajo de hierbas con hojas muy verdes, las lavó y las empezó a frotar muy fuerte con sus manos hasta que empezó a formarse un líquido verdoso, el cual echó directamente en las fosas

nasales de su hija, habrán pasado unos cinco minutos cuando por fin la hemorragia cesó.

Fue toda una odisea lograr que pare el sangrado, fue casi toda la mañana con esa angustia que tenía preocupada a la hermana menor, ya que la hermana mayor era de una contextura muy delgada y tenía miedo de que se desmayara o pasara algo peor.

Después de muchos años, esta historia queda como una anécdota para esta familia, nunca se llegó a saber con exactitud el nombre de esta plantita maravillosa, pero de que fue efectiva lo fue, al cien por ciento; ahora las hermanitas cusqueñas en cuestión, bordean los sesenta años y ellas residen en el cono norte de Lima.

Cipriana Illatupa Lenes
(58 años)

LA VETA

En los cerros corre mucha veta y tienes que tener cuidado de que no te dé el mal del cerro, que es de calor lo que te da. En Huancavelica hay muchas minas y en los cerros hay oro, cobre, y la veta a veces pasa por el cerro.

Mi mamá decía que para protegerte tenías que llevar en tus bolsillos unas hojas de ruda, para que no te dé el mal del cerro.

A mí una vez me dio, cuando fui a ver a mis papás para comprometerme, viajé a Huaytará con mi novia, para presentarla. Y me dio la veta, me dobló, me puse muy mal, casi me muero, me dio vómitos y diarrea, me dolía mucho el costado derecho.

Mi mamá me pasó un cuy negro para que me cure, y cuando abrió el cuy, el cuy tenía el costado negro, justo en el mismo lado que me había dolido. Apenas terminó de pasarme el cuy se me fue el dolor y todo el malestar.

También te curan con el corazón de la tierra, así decía mi mamá, con el corazón de la Pachamama, con un cuchillo

que se pone en donde estas sentado, se hunde el cuchillo y se pone a un envase esa tierra para macerar, también te curan con el PachaJampi que es una hierba que viene de Ayacucho.

Hugo Leoncio Calderón Chuquihuaccha
(74 años)

LAS CURACIONES QUE CONOZCO

Allá en Chimbote, se ha vuelto una costumbre o tradición, recurrir a distintas curaciones caseras. La mayoría de las personas se curan así porque sus familiares las conocían y eran muy certeras. Mis tíos, tías y mi abuelita lo practicaban. Así, se han curado mis conocidos y familia, y yo también cuando era chiquito.

Una de las curaciones que conozco es con el huevo, lo clásico, se utiliza para las personas que están asustadas; se pasa el huevo por todo su cuerpo y luego se vierte el contenido en un vaso con agua, de esa forma se puede averiguar si uno está con ojo o está asustado. El ojo se asienta en la parte de abajo como una bolita y cuando el huevo tiene como chispas en la parte de arriba, es que tiene susto por distintos motivos.

Otro tipo de curación casera que conozco y se usa en Chimbote, es el cuy. Debe ser uno de color negro y tiernito. Se pasa por todo el cuerpo de la persona desde las puntas de los pies hasta la punta de la cabeza y en unos minutos se abre y se puede ver cómo está uno: mal

del hígado, del riñón, de la sangre, susto, colesterol, gases, etc. Lo abren como si fuera un pollo e inclusive se ve el arco de la vida de una persona.

También es común usar una vela, esta vela debe sobarse por todo el cuerpo de la persona, luego se calienta una olla, se derrite la vela y sale como una maquetita; la persona que sabe, te dice si tienes susto, lo que te está pasando, si necesitas algo y tus pesares, sin que uno le diga algo.

Hasta el día de hoy, este tipo de curaciones son muy usadas y han ayudado a muchas personas de manera sorprendente.

Eric Obeso Fajardo
(48 años)

YERBERITAS

Los secretos de mi mamá eran para la tos y para el estómago. Martha, mi mamá, aprendió de mi Chavelita, quien es natural de San Mateo en la sierra de Lima. A ninguna les gustaba las pastillas, hacían más mal que bien y nunca curaban, así que preparaban sus propias mezclas.

Recuerdo a mi Chavelita quemando primero el azúcar y disolver con agua hervida, para echarle luego el eucalipto, kion, ajo, cebolla roja; luego hacerlo hervir como media hora. Se dejaba reposar para luego colarlo, porque salía bien espeso. Ese menjunje, esa colada, era lo que daban. Recuerdo que con ese remedio casero mi mamita siempre estuvo pendiente de las niñas cuando eran pequeñas, ese remedio de ajos y cebollas siempre les hacía, aunque no les gustara.

Y, adicional a eso, en mi casa no faltaba el ajeno. Mi mamita comprada sus famosas hierbas para el estómago cuando alguien estaba mal y el ajeno era infalible contra todos los males. Si alguien estaba mal del estómago,

primero tomaba su ajo, pero si alguien seguía muy mal, entonces hacía agua de ajeno y todos lo tomábamos de manera religiosa.

Tú sabes que ellas no creían en la medicina, todo era natural, así que este era el secreto de la abuelita y ojalá que sirva de algo para los que nos lean.

Isabel Izquierdo Chuquihuaranga y Martha Macazana Izquierdo, las yerberitas.

Evelyn Manosalva Macazana
(45 años)

MANOS QUE CURAN

Cómo curar el dolor de cabeza

Mariana Soldevilla Espinoza, una bella y siempre sabia huaytarina era mi abuelita. Mis mejores recuerdos son de ella, sus tiernas manos lo curaban todo.

Recuerdo cuando la temible migraña apareció a mis 13 años y los insoportables dolores me paralizaban.

“Todo pasa en esta vida” decía mientras cortaba rodajas de papa blanca y las colocaba con delicadeza sobre un pañuelo rociándolas con sal.

Colocaba el pañuelo sobre mi frente y rezaba entre dientes un Padre Nuestro, “ahora ve a dormir y vas a ver que cuando despiertes ya el dolor se habrá ido”

Realmente no sé si eran las papas o los rezos, pero sí sé que eran sus manos las que con amor al tocarme me sanaban.

Como limpiar los bronquios y aliviar la garraspera

Mamá Mariana nos cuidaba con amor y responsabilidad, el clima limeño nos hizo padecer de los bronquios a casi todos sus nietos y allí estaba ella preparando ese jarabe delicioso que daba gusto tomar.

Primero era un diente de ajo machacado en el batán junto a un trozo de kion y cebolla hacía una infusión que cuando rompía hervor le añadía miel y cuando servía colocaba el jugo de limón.

Debo confesar que a veces le ponía un chorrito de pisco, claro para los más grandes.

Eso y sus sahumeros de hojas de eucalipto y palo santo por toda la casa nos hacía resistir el inclemente clima.

El hipo que no nos dejaba en paz

Era gracioso ver a mis primos y a mí pasearnos por la casa con un pedazo de papel en la frente, mamá siempre decía que hablábamos muy rápido y no respirábamos con propiedad por eso nos daba hipo.

Y mientras reíamos incesantemente y el hipo no pasaba, ella colocaba un pedazo de papel previamente humedecido con su mágica lengua en nuestra frente.

Claro, si eso no funcionaba, esperaba que anduviéramos distraídos y nos asustaba, no sé si era el salto del susto que nos daba o el papel, el hipo desaparecía en segundos.

Podría enumerar más costumbres medicinales que tenía mi abuelita, sin embargo la magia eran sus manos y el amor que ponía en acción que realizaba para curarnos.

Las manos mágicas de mamá Mariana serán recordadas siempre, hoy en día sus nietos y bisnietos seguimos practicando estas costumbres familiares.

Ángela María Muñante Bravo
(51 años)

SUSTO DETECTADO

Mi nombre es Manuela Laurente Guardia, les contaré lo que le sucedió a mi hija hace años cuya explicación científica no encuentro hasta ahora.

Cada 1 de mayo, en mi pueblo Pariacancha (Áncash), se celebra la fiesta patronal al Señor de Mayo; así que, en el año 2001, viajé para allá desde Lima con mi esposo y mis dos hijos: Melissa, que tenía cuatro años y Hugo, dos años. Mi papá había sido designado como mayordomo y no podía dejar esta gran oportunidad para regresar a mi tierra, volver a ver a mis padres y festejar esta hermosa tradición. La fiesta dura cinco días y es costumbre deleitar a los invitados con deliciosos potajes, buena música dada por las bandas —quienes ponen a zapatear a todos— y por supuesto, los adornos que retumban y colorean el cielo tras prender la mecha de las vacas locas y de los imponentes castillos.

Esto último, fue lo que provocó uno de los peores momentos en mi vida, pues mi hija Melissa, con el estridente ruido de los cohetes, que reventaron para

recepcionar a las bandas, empezó a desesperarse y a decir: ¡Vámonos, vámonos! Cierren las puertas y las ventanas. ¡Vámonos, mamá!

Con el paso de los días, esa situación fue complicándose, el miedo que sentía mi hija, incrementó; sus llantos y lamentos hicieron que nos regresáramos a Lima y fue aquí donde empezó mi pesadilla.

Inexplicablemente se produjo una fiebre alta en mi hija, la llevamos al hospital y los doctores no encontraban nada. Lo mismo sucedió por siete largos días, la llevábamos al hospital volando en fiebre, tenía 40 grados de temperatura que solo se producía durante las madrugadas. En los análisis no se detectaba ninguna enfermedad y los doctores no sabían qué hacer, no pudieron evitar que convulsione, mi hija no reaccionó por 24 horas y yo sentía una impotencia al no saber qué tenía y no poder ayudarla.

Cuando reaccionó, la llevamos a casa. Al día siguiente, nos visitó un amigo, el señor José Cama, vio los ojos de Melissa y le dijo a mi esposo que tenía susto. Nos llevó a la casa de la señora Margarita y ella la vio, la examinó y confirmó que lo que mi hija tenía era definitivamente

susto. Procedió a curarla pasándole huevo por todo el cuerpo, empezando desde la cabeza hasta los pies, lo partió y puso el contenido en un vaso con agua; vimos bien clarito cómo se formaron globitos y raíces; según la señora, los globos representan a los ojos de las personas y las raíces al susto. Lo que le había pasado a mi hija era que fue ojeada. Enseguida, pasó una piedra especial por todo su cuerpo mientras rezaba, esa acción hizo que la fiebre desapareciera. Pero la señora nos dijo que debíamos llevarla por dos días más, ya que la curación debía realizarse por tres días obligatoriamente.

Fue sorprendente la sanación, lo que los doctores no pudieron descubrir y curar científicamente, lo pudo realizar una señora que tenía un cierto don; nosotros nunca creímos que algo así pudiera curar, pero a partir de ese momento, cambiamos totalmente de parecer. Ahora hasta mis sobrinos cuando tienen fiebre y lloran incesantemente, son llevados a la señora.

Manuela Laurente Guardia
(56 años)

HISTORIAS DE VIDA

AURORA

Me llamo Laura Aurora y nací en el barrio de Chuquimarán. Mi casa fue construida por mi papá Juan y mi mamita Eufracia y algunos vecinos, familia, que construyeron mi casa de dos pisos, hecha solo de adobe y quincha.

Mi papito se dedicaba a repartir el agua a toda la comunidad y mi mamita cuidaba sus animales, sacaba la leche, hacía queso, muy rico y siempre estaba con los animales. Se iba al cerro con todos los animales para hacer todo lo que tenía que hacer, sacar la leche y hacer el queso.

A mi mamá mucho le gustaba cantar, como paraba siempre con los animales, cantaba las ayras que son cantos en quechua que le cantan a los animales, porque se dice que cuando uno tiene sus animales se encariña bastante con ellos y por eso hasta tienen sus canciones. Mi mamita tanto le gustaba cantar que incluso participó en un concurso de ayras que se realizó en Huancavelica.

Ella hablaba castellano y quechua. Yo en realidad no aprendí el quechua, siempre tenía a las abuelitas que hablaban en quechua y mi hermanita nos traducía. Yo no entendía, pero me gustaba escucharlo, algunas palabritas sé, pero no todo.

Mi abuelito Adolfo hacía calzados. Del cuero de la vaca nos hacía unos calzaditos para nosotros, para estar caminando, porque si no hubiésemos caminado descalzos, aunque mi hermano mayor dice que sí ha caminado descalzo, sin zapatos.

Y el abuelito Adolfo también contaba de que cuando él iba al cerro se encontraba al Condenado, y se encontraba a veces con las almas que penaban y según cuentan también mi abuelo, Juan Calderón, el papá de mi papá, dicen que siempre ayudaba a las almas a cruzar el río, porque la acequia, el río no lo pueden cruzar y él siempre los ayudaba a pasar.

Ahí en la sierra llovía mucho, con truenos, rayos y relámpagos. Yo tenía mucho miedo porque cuando llovía que es más o menos en la fecha de diciembre, enero, febrero y marzo venía como le llaman allá: Yapana, pero es cuando carga el agua y viene trayendo todo lo que

encuentra a su paso, viene con piedras, lodo, puede traer hasta animales, de eso yo tenía miedo.

Lo bueno que mi mamá siempre se preocupaba de la alimentación de todos sus hijos y mira cómo ella podía con los pocos recursos que cosechaba de la chacra, porque era agricultora como también lo era mi papá. Entonces siempre comíamos sano. Criaba a gallinas, cuyes, siempre nos daba esa alimentación. Hemos crecido gracias a Dios sanos y no había esa desnutrición que actualmente se escucha. Siempre preocupada, nos daba quinua, chita, lo que ellos sembraban siempre comíamos, las habas, el maíz, la cebada, el trigo, todo eso. Y siempre ayudábamos a nuestro papá, nosotros igual, ni bien llegábamos del colegio, íbamos a separar el becerro, a traer la borrega, a pastarlas también y a cuidar el maizal espantando a los loros, que siempre se querían comer el choclo.

Mi papá Juan ha sido de carácter muy dócil, mi mamá ha tenido un carácter más fuerte, dicen que es de los Chuquis, que es una raza guerrera, debe ser por eso, siempre era muy emprendedora, por ella hemos salido de nuestro querido Huaytará, hemos salido a Lima. A todos sus hijos nos trajo para poder progresar y no siendo

quizás agricultores. Mi papito siempre estaba sirviendo a la comunidad y sus amigos no faltaban, siempre le invitaban lo que allá llaman, el calentito. Mi mamá siempre quería surgir, salir adelante, no quería quedarse ahí no más, pero sus hijos salieron. Le agradecemos un montón a ella.

Y mi mamita no salió, quizás para ella hubiese sido mejor estar acá en la capital, hubiese logrado muchas cosas, pero le prometió a su hermano mayor, a Manuelito, que iba a cuidar a su mamá. Por ese motivo se quedó allá en Huaytará al lado de su mamá. Ya después se casó y todo lo demás, pero no salió por ver a su mamá. Creo que a veces uno debe de despegar, levantar el vuelo y salir, pero bueno ese fue el destino de mi mamita Eufracia.

Laura Calderón Chuquihuaccha
(64 años)

LA VACA SIN COLA

En un pueblito de Áncash, llamado Pariacancha, vivían dos hermanas amables y trabajadoras que todos los días salían a pastar a sus ovejas, burros y vacas. Ellas se llamaban Manuela y Vilma.

Sus padres, les avisaron que debían llevar el ganado a un lugar llamado Rucupampa, ya que en dicho lugar tenían un corral. Por el camino veías muchas chacras donde los pobladores sembraban trigo, papas, camotes y distintas cosas más. Las vacas traviesas, iban ingresando a estos sembríos, de un lado para otro, así que las hermanas tenían que regresar a las vacas al camino una y otra vez, para que no malograrán la siembra.

Como las vacas seguían con sus travesuras, a Vilma se le ocurrió una gran idea: amarrar las colas de las vacas para que se queden quietas. Y así lo hicieron, juntaron a las dos vacas que eran madre e hija y les amarraron sus colas. Las vacas desesperadas empezaron a dar vueltas y vueltas jaloneándose; ante tanta fuerza, las colas se apretaron y se desesperaron más. Las hermanas estaban

asustadas, no sabían qué hacer, sus vacas parecían trompos descontrolados.

Ante tanta presión, fuerza y vueltas, ¡Puuuum!, se rompe la cola de una las vacas. Empezó a sangrar demasiado, de pronto la vaca se desmaya y las hermanas se asustaron. Lo único que se le ocurrió a Manuela, fue pedirle la blusa que tenía su hermana. Ella se la dio y con eso tapó la cola, haciendo parar el sangrado. Las hermanas, nuevamente se mostraron preocupadas, ellas estaban muy lejos de su casa y no sabían cómo avisar a sus padres o pedir auxilio.

Mientras tanto, los demás animales, al estar sin control, ingresaron a los sembríos y empezaron a comerse el maíz y las papas, los dueños quedaron totalmente perjudicados.

Las hermanas empezaron a gritar:

¡Auxilio! ¡Auxilio! ¿Hay alguien por ahí que nos ayude? nuestra vaquita está muriendo.

Pero nadie les respondió. Entonces decidieron llevar el ganado al corral en Rucupampa dejando a la vaca sola y descansando. Las hermanas regresaron con alfalfa y con un poco de agua para darle a la vaca desmayada. Como

había parado el sangrado por la cola, la sangre empezó a salir por los ojos, ante este hecho, las hermanas se asustaron aún más, no sabían el porqué de esa situación.

Cuando le empezaron a dar la alfalfa, la vaquita a duras penas empezó a comer, le dieron agüita abriendo su boca y poco a poco empezó a recuperarse. Este proceso duró casi cuatro horas. La vaquita empezó a comer más y mostró señales de querer levantarse. Las hermanas la ayudaron, pero al estar tan débil, se caía; se volvió a levantar, dio unos pasitos y tambaleaba, poco a poco empezó a caminar y a recuperarse. Como el camino era de subida para llegar al corral, fue mucho más difícil, pero lo lograron.

Al llegar, la vaca se encontró con su familia, estaba muy emocionada y estas empezaron a saludarla con su cola y con sus lenguas. Estar con su familia, alivió y dio más fuerzas a la vaquita sin cola. Las hermanas estuvieron felices, pero prometieron buscar otras maneras de controlar a sus vacas.

Manuela Laurente Guardia
(56 años)

LIMA ERA CHIQUITA

Ay, Lima era chiquita, ahora cómo la han malogrado... Cuando yo era muchacho, podías conocer todo Lima con un sol. Subías al bus y en veinte minutos llegabas a su último paradero: el Rímac. Yo hacía eso los domingos, cuando no tenía que ir a la fábrica. Tomaba por un sol cualquier bus que me llevara hasta el río Rímac y veía cómo se abrían los paisajes verdes con sus pampas, bonito, muy bonito... ¡Ay, pero Lima tuvo que crecer!

En esos años, te hablo de los cincuenta, en Lima podías pescar camarón. ¡Franco! ¿No me crees? Ni red se necesitaba, solo metías las manos en el Rímac y sacabas camarones de diferentes tamaños; si prestabas atención, incluso podías verlos saltar en las aguas transparentes del río: salta y brinca por todos lados.

Incluso los periódicos eran distintos, porque los hacían de cartón y todo se presentaba en una sola hoja. A mí me gustaba leer los periódicos viejos y encontré uno de hace años que decía que en Lima había caído nieve ¿Te imaginas? Con el clima loco que tenemos, aún existe la posibilidad de que nos caiga nieve.

Lima era chiquita y todos nos conocíamos. Las puertas quedaban abiertas y nadie se metía a tu casa con malas intenciones. Ahora, hasta te matan por un celular. Lima era bonita cuando era chiquita. Yo prácticamente me he criado aquí desde siempre y puedo decir que, aunque fea, nadie quiere a Lima como yo.

Luis Alberto Colunche Montealegre
(82 años)

MI ABUELITA ÁNGELA

Yo nací en Huaytará (Huancavelica) en 1933. He sido criada por mi abuelita, Ángela Ruiz de La Rosa. Ella se dedicaba a la panadería, tenía como ocho ayudantes y dirigía todo. Hacían unos pancitos llamados cachitos, manitos y trencitas que preparaban en un horno artesanal. Éramos ocho hijos, yo soy la segunda y hasta los ocho años fui criada por mi abuelita, luego pasé a cargo de mi mamá, es que como éramos tantos mi abuelita ayudó a mi mamá, criándome a mí.

Mi papá se casó a los 17 años con mi mamá que tenía 15. Contaba mi mamá que mi papá se la había robado a ella. Mi papá había estudiado en Ica hasta tercero de secundaria y era el único que sabía escribir a máquina. Era uno de los que más cultura tenía y lo nombraron alcalde de Huaytará. Mi mamá se dedicaba a la casa. Ellos criaban dos vaquitas y nos daban la leche recién ordeñada con toda y la espuma.

A mi abuelita le decían la señorita. Llegó un iqueño que tenía unos apellidos rimbombantes, españoles. Le hizo

un hijo y se fue, nunca más regresó a Huaytará. Decían que tenía una hacienda en Chuquimarán, pero a mi papá nunca le reconocieron nada.

La abuelita de mi mamá era de Cora Cora, cerca de Ayacucho y ella le enseñó a hacer panes. En unos fogones, con leña, ponían una lata encima de dos ladrillos, pero ya mi abuelita mandó a hacer su horno artesanal. Era la única panadería que había en Huaytará.

Mi abuelita era muy religiosa, no volvió a tener pareja, era señorita consagrada a Dios. Pertenecía a la Cofradía del Sagrado Corazón de Jesús, junto con unas señoritas de apellidos rimbombantes. Esas viejitas usaban unos mantos con tapadas en donde solo se le veía un ojo. Se mandaban a hacer su reclinatorio para la iglesia. Yo me acuerdo que mi abuelita no usaba bastón sino que se apoyaba en mi hombro y cuando llegábamos a la iglesia (que está construida encima de un palacio incaico) solo algunos tenían su reclinatorio con su nombre, que era hecho en cedro. Mi abuelita tenía su reclinatorio y a mí también me mandó a hacer uno para estar a su lado. Antes no habían bancas en la iglesia, todos estaban parados y se sentaban en el piso a la hora del sermón.

Para el cumpleaños del cura Rojas hacían una fiesta por su cumpleaños. Mi abuelita me vestía con organzas y listones y me hacía recitar unos poemas bien largos que me aprendía de paporreta. Levábamos huevo para hacer batido y yipta, que es un postre como una mazamorra de maíz, con azúcar, canela y anís. Cada casa mandaba una fuente de comida por el cumpleaños, así se celebraba en la casa cural.

En esa época había un colegio para hombres y otro para mujeres donde solo se enseñaba hasta primaria. En junio por el Día del Inca nos íbamos de excursión arqueológica al IncaWasi. Mi abuelita me mandaba con cancha y queso como merienda. Allí en el IncaWasi está la sentadera de piedra del inca y de la coya.

María Ángela Bravo Soldevilla
(88 años)

MI HERMANA ES DIFERENTE

Fue en 1938 cuando nació Susana. Aún vivíamos en Arequipa y ella sería la mayor de los seis hermanos que fuimos en algún momento. Se supone que Susana debía nacer en diciembre, pero a mi mamá se le adelantó el parto para el mes de septiembre. Mi hermana solo tenía seis meses de gestación cuando tuvo que nacer porque mi mamá tuvo un susto de esos que te hacen ver a Judas calato.

En esa época, si no existían aún las incubadoras en Lima, mucho menos en provincia, por lo que mi hermana estaba condenada a la muerte desde el primer momento en que el doctor la sacó de entre las piernas de mi mamá. Pero las mujeres que son madres saben que dejar morir a un bebé no es una opción, así que la pusieron en una cajita de zapatos, rodeada de muchos algodones – sin presiones, porque era muy suavcita aún, parecía no tener huesos, según decía mi papá – y con un foco de luz amarilla que le diera todo el calor que necesitaba. Susana vivió así hasta cumplir con sus nueve meses, todo un milagro de Navidad.

Pasó el tiempo y Susana no hablaba. Era ya el año 1946 cuando nació yo. Susana tenía ya ocho años, pero apenas si podía decir su nombre. Cuando cumplí diez, nos fuimos a Lima a buscar mejor vida; ya éramos cinco hermanos vivos y uno muerto. Fue aquí, en Lima, cuando aprendí que mi hermana era diferente. En nuestra casa de Arequipa, todos la querían mucho y nadie prestaba atención a sus comportamientos extraños o a las pocas palabras que pronunciaba; pero en Lima, el simple hecho de ir a la bodega era ya todo un desafío para Susana.

Mi madre decide llevarla a un doctor y a sus 18 años, Susana es diagnosticada con retraso producto de una lesión en el cerebro al nacer, por lo que su tiempo de vida sería muy corto. Con esta noticia, mi madre se apagó, creo que pensaba que era su culpa lo que había pasado con mi hermana; al poco tiempo, muere mi madre de cáncer al útero y yo aprendí a criar a mis hermanos por ser la “mayor” – Susana no contaba.

Pese a lo diferente que hoy es Lima, algo que se mantiene igual es su indiferencia, por lo que Susana se las arregló para sobrevivir hasta cumplir la edad de Cristo. Siempre fue mi compañera y yo la trataba como a cualquiera, ella

podía hacerlo todo, todito... Pero fue Lima la que me
mostró que ella, mi hermana, era diferente.

Arcelia Dorotea Paredes Sotomayor
(77 años)

MI PAPÁ CASTRABA TOROS

Mi nombre es Eusebio Díaz Ramos, yo nací el 14 de agosto de 1947 en un caserío denominado Chogopucro que significa “quebrada de sogá”. “Chogo” es una paja que servía para hacer sogas y atar a los animales, también las partes delgadas del chogo se conocía como “chilligua” que también servía para hacer lazos y amarrar los techos y “pucro” se relaciona con la forma de una batea el cual era un espacio productivo para los que vivíamos alrededor. En esta zona todos los niños que nacían, morían debido a que en la parte baja había una mina que era encantada. La cual se encontraba amurallada por enormes cerros, lo único que producía en esta zona era la papa nativa de diferentes variedades un aproximado de cuarenta, el nombre que se le daba a estas era “huachuy” ya que por fuera eran negras y por dentro azules y los abuelos decían que este tipo de papas eran anti cancerígenas.

Mi casa tenía la base de piedra, así como los muros y para el techo se usaba un palo grueso y lo complementaban con paja. Mi papá se llamaba Catalino Díaz Martel y mi mamá, Sabina Ramos Allipaza, ellos tuvieron nueve

hijos, cuatro hombres y cuatro mujeres de los cuales yo soy el último.

Mi padre era agricultor y ganadero, pero también tenía el oficio de castrador de toros, chanchos, burros y chivos del pueblo. Esta acción consistía en sacar los testículos de los animales machos para que no procreen y en otros casos puedan engordarlos para cebarlos. Existían dos técnicas que recuerdo que mi papá usaba al momento de capar a los toros que era su especialidad. La primera consistía en usar un cuchillo bien filudo y hacer un corte y sacar los testículos del animal y se sujetaba una parte con la tripa seca de chivo; la otra constaba en sujetar al toro y echarlo dándole con un mazo en los testículos hasta que estos se revienten por dentro.

Yo recuerdo que a los seis años acompañaba en estas comisiones a mi padre, había oportunidades en las cuales se castraban entre ocho a diez toros desde de las 8 a.m. hasta el mediodía, yo me encargaba de llevar un costalillo de tela y papel de azúcar para recoger los testículos.

Mi papá debía vigilar durante quince días a los animales castrados para ver que la operación haya sido exitosa, sino se encontraban bien pasando un par de días debía

hacer algunos preparados de hierbas para ponerle en sus miembros a los animales y baje la inflamación. Era toda una responsabilidad, ya que si el toro se moría mi padre debía dar en pago un becerro al dueño para solventar la pérdida.

Mi madre se dedicaba a las labores domésticas en el hogar y a cuidar de sus hijos, así como a cocinar y llevar almuerzo para los trabajadores del campo, que cuando había siembra o ciega eran cerca de diez. También hilaba la lana del carnero para hacer sus mantas, sus frazadas y poncho para su esposo e hijos.

Mi hermano mayor murió debido a una infección a la piel causada por la uta, la cual surgió cuando este se encontraba en la selva, la infección avanzaba y ya no se pudo hacer mucho para salvarlo hasta que murió.

En mi infancia tuve muchas dificultades sobre todo en la educación ya que empecé el colegio a los siete años. “Transición” llamaban al primer gradito, en el colegio en el que estudiaba solo había una profesora para tres grados: primero, segundo y tercero. Todos nos hallábamos en un solo espacio dividido en dos partes uno para los de tercero y otro para los de primero y segundo.

Estudiábamos desde las 8 a.m. hasta las 4 p.m. El espacio era de tierra con unas pequeñas banquitas, luego con el tiempo después de gestiones de los dirigentes de la comunidad llegaron las carpetas. Recuerdo que antes de almorzar íbamos al río a bañarnos con mis compañeros y luego cada uno venía trayendo su leñita para que la profesora cocine su merienda.

Los alumnos salíamos del recreo a las diez, los varones jugábamos trompo, fútbol con pelota de trapo y las niñas jugaban yaces, la ronda o las chapadas. También jugábamos a la rueda con las llantas de bicicletas viejas como si fueran carros haciendo carreritas a ver quién llegaba primero hasta el final.

Yo me dedicaba a pastear los ganados, o en todo caso desyerbar las plantas o sino llevar almuerzo a los adultos que trabajaban en las chacras.

Mi papá muere cuando yo tenía nueve años, entonces yo debía de trabajar en las chacras para poder abastecernos de alimento, ya que tenía que ayudar a mi mamá, mi hermana mayor y una sobrina.

Tiempo después mi hermana mayor, María, hace todo lo posible para que yo pueda ir a Lima a trabajar, durante

dos años estuve apoyando a mi hermana cuidando a sus hijos y cocinando para su familia mientras ella trabajaba en una fábrica de telas en Breña.

Aquí en Lima a los trece años continúe mis estudios de cuarto de primaria en adelante. A los dieciséis años mi otro hermano mayor, Andrés, me recomienda para trabajar como jardinero en el Museo de Historia Natural de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Luego de ello había tiempo de leva y por ser menor de edad me llevaron al ejército y ahí estuve por un año medio sirviendo a mi país, llegué al grado de sargento segundo. Luego cuando volví del ejército ya había un familiar en el puesto jardinero que dejé, pero unas amistades del museo me ayudaron para poder entrar a un puesto de ayudante de taxidermia que había ahí, logré aprobar y tomar el puesto y desde ahí trabajé por más de cuarenta años quedando al final como el taxidermista del museo. Hoy a mis setenta y cuatro años soy jubilado y continúo haciendo actividades que me agradan como es cuidar mis plantitas en mi jardín y mis animales de corral.

Eusebio Díaz Ramos
(74 años)

MI PASIÓN: EL SEMBRÍO DE FRESAS

Yo nací en la región de Huancavelica, provincia de Angaray, distrito de Santo Tomás de Pata, mi nacimiento fue como el de Jesús, les voy a contar.

Mi mamá se dedicaba a pastar a sus animales desde muy temprano, un día en la tardecita, ella estaba volviendo a casa con todo su ganado y cuando se encontraba cerca de la acequia le vienen los dolores de parto y ella se echó en el pasto, sacó su manta y empezó el trabajo de parto sola.

De pronto, apareció una de mis tías llamada Esperanza, encontró a mi madre toda pálida y a mi todo lleno de sangre llorando, entonces ella decidió llevarme al hospital, diciendo:

Vamos a ver si vive.

Y pues, creo que fui valiente porque viví para poder contarlo.

Mi abuela me crio hasta los cinco años porque mi mamá trabajaba en el campo, yo recuerdo que sacaba caña de

maíz de la chacra, trataba de ayudarla por más pequeño que era, luego ella se enfermó y yo estuve a su lado hasta sus últimos días. Recuerdo que los de la iglesia vinieron con el cajón y un gallardete de tela blanca que era símbolo de que alguien había fallecido. Luego cuando llegamos al cementerio de la ciudad, las campanas de la iglesia sonaban fuertemente y convocaba de forma masiva a todos los pobladores. Un señor de poncho largo recuerdo que me cargó ese día para poder ver como enterraban a mi abuela, fue muy triste estar ahí.

A los doce años empecé a estudiar transición como lo llamaban en esa época al primer grado, luego segundo año, tercer año y cuando estaba en cuarto año sucedió algo duro para mí, falleció mi mamá.

A los quince años me recogió mi tía Rosa Pariona, viví en su casa como dos años, me hacía trabajar desde muy temprano. A las seis de la mañana me levantaba diciendo:

Honocha, despierta.

A los dieciséis años mi padrino Antonio Huarcaya me trajo a Lima con el fin de trabajar y vivir mejor, llegamos a Salamanca, ahí trabajé durante cuatro años en

limpieza, jardinería, controlador de dispensa y también de ayudante de un veterinario.

A los diecinueve años decidí completar mis estudios. Lo hice en el colegio Sagrado Corazón de Jesús en Puente Piedra en el turno noche, me tomaron examen y de acuerdo a ello me pusieron en segundo grado de primaria. Ahí en ese colegio terminé mi primaria. Luego continué mi secundaria en el colegio Augusto B. Leguía del mismo distrito que el anterior.

Luego iba a postular a la universidad San Marcos, pero me enfermé de tuberculosis por no cuidar de mi alimentación y exigir a mi cuerpo física y mentalmente, ya que trabajaba desde las siete de la mañana hasta las seis y luego me iba a estudiar a partir de las siete hasta las nueve de la noche.

Yo vivía en el fondo Cuadros, el dueño de este era mi jefe, estuve ocho meses con el tratamiento contra el TBC. Una vez que me sané continué trabajando en el sembrío de fresas, aprendí mucho en esa época de trabajo, ya que el ingeniero que era el hermano del dueño, me enviaba a mí a preparar los remedios para las plantas. Yo anotaba el tipo de producto y la cantidad de insecticidas, pesticidas

y fungicidas que se echaba para cada tipo de plaga.

Me di cuenta que el trabajo en el sembrío de fresas era muy rentable, así que con mis ahorros decidí alquilar un terreno para sembrar fresas por mi propia cuenta. Fue por ello que dejé de estudiar para dedicarme por completo al trabajo, en esta época conocí a Domitila que era una trabajadora en el pañado de fresas, la cual se convirtió en mi esposa y madre de mis hijos.

Había invertido un buen capital en tres hectáreas de fresas, pero debido a la inflación de la época de Alan García, todo se fue de pique. No solo ello, sino también por esas épocas llegó la enfermedad del cólera que mató mucha gente.

Luego del fracaso con la inversión de las fresas tuve que vender mi motoneta y con ese dinero compré siete chanchos, ya que una señora me dijo que estos daban dinero, solo debíamos dedicarnos a la alimentación con mi esposa.

No fue tan fácil como parecía, pero logramos sobresalir de la crisis y llegamos a tener treinta y cinco chanchos los cuales alimentábamos con residuos de verduras y frutas del mercado Huamantanga, dejábamos nuestros baldes

en diversas vendedoras que nos conocían y en las tardes íbamos a recogerlos. Era un trabajo arduo, pero gracias a ello logré educar a mis hijos y solventar su comida y vestido.

Crié chanchos por casi diez años, hasta que los vecinos que vivían por los jardines de Juan Pablo se empezaron a quejar en la Municipalidad, entonces tuvimos que terminar de vender los chanchos y convertir ese lugar de corral en un terreno habitable para mi familia.

De ahí en adelante me dediqué a trabajar manejando moto, en algunas oportunidades como agricultor y otras de constructor para poderme ganar la vida hasta la actualidad.

Honorato Leiva Pariona
(65 años)

MIS PRIMEROS ZAPATOS

Recuerdo mi casa que es de adobe con techo de calamina y de dos pisos. Entablado el segundo piso con madera de eucalipto, puerta de madera, ventanas pequeñas de madera. Los cuartos eran grandes, donde existían cuatro camas con cueros de ovejas. No tenía baño, agua, ni alumbrado. Se cocinaba con bosta, excremento de animales. Nos alumbrábamos con mechero a kerosene. Después se cocinaba con leña. Mi casa está ubicada en el anexo de Chuquimarán, distrito de Huaytará, departamento de Huancavelica. Dicha vivienda es rústica en el radio rural.

Mis padres no eran profesionales, eran agricultores, sembraban en chacras ajenas al pastor, maíz, papa, habas, trigo, cebada, para que nos alimente a sus hijos, mi madre ayudaba a ordeñar a las vacas para ganarse un poco de leche para sus hijos. Y en cumpleaños de personas importantes, cocinaba para alimentarnos, mi papá regaba de noche los cercos de alfalfa para ganarse algún sol. Después mi padre ha sido un gran repartidor de aguas, mejor dicho fue una autoridad que repartía el agua equitativamente. Han sido muy pobres, pero así de

acuerdo a sus posibilidades ayudaron a sus hijos.

En mi niñez recuerdo que seguía a mi madre a donde iba, después jugaba con unos carritos de madera, con pelota de vejiga de chancho y como iba creciendo atajaba becerros para que no se mamen a las vacas, a veces mi mamá me dejaba en un hueco, donde no pasaban mis brazos. Tomaba desayuno, agua de hierba luisa con canchita. Desde niño caminaba descalzo, sin zapatos.

Fue muy difícil mi infancia porque no usaba calzoncillos, medias, zapatos, correas, pañuelos, papel higiénico. Tenía pantalones con muchos parches, lo mismo camisas. Mis pies tenían “7 cueros” porque cuando iba a la escuela no sentía de los cascajos de las rocas. Y cuando estaba en 5.º año de primaria, mi mamá encargó a su hermano que era ganadero, para que comprara un par de zapatos y me tomó la medida con una pita, dicha medida lo perdió por tomar licor y compró un zapato que me ajustaba, y me lo puse. Me ha sacado callos que hasta la fecha tengo y me da impotencia por la pobreza de mis padres.

Hugo Leoncio Calderón Chuqui huaccha

73 años

RECUERDOS DE MI VIDA

Nací en Condoray en Ayacucho, un pueblo chico de alrededor de cincuenta personas, todos se conocían allí. Mi casa, herencia de mis abuelos maternos, era de ichu. Pero cuando tenía ocho años nos mudamos a Ninabamba, ahí fue donde nacieron mis demás hermanos, en total éramos siete.

Mi madre y mi padre eran una buena pareja, nunca los vi peleándose. Cuando tenían algún problema lo hablaban mientras nosotros dormíamos, de forma de que no nos enteráramos, pero ellos tenían la costumbre de nunca despertar ni dormir molestos el uno con el otro.

Solo los vi discutir una vez cuando yo tenía once años. Un día, un primo lejano de mi papá vino de visita y estaba tomando con mi padre, cuando este último le dijo a mi mamá que matara al pavo que teníamos, ella se opuso, debido a que el pavo era grande y en ese entonces no teníamos la posibilidad de contar con una refrigeradora donde podríamos guardar lo que no comiéramos. Además, planificaba vender ese pavo y como solución

propuso sacrificar a otro de los pavos, el cual era más chico. Mi padre se enojó e intentó golpear a mi madre, yo me puse en medio. Si bien mi padre no golpeó a mi mamá, ella, retrocediendo por miedo tropezó con una piedra y al caer se lastimó parte de sus costillas.

En nuestro pueblo no era común que las personas acudieran al hospital por enfermedad, casi todos los males eran tratados con técnicas y hierbas que unos sabios hueseros o curanderos brindaban. A mi madre le recetó que sople en una botella, y que en dos meses sus huesos estarían recuperados.

A pesar de que éramos pobres, nunca sentí que nos faltara nada, mi padre y mi madre se encargaron de siempre contar con lo necesario para que mis hermanitos y yo podamos alimentarnos. La leche la obteníamos de la hacienda en la que vivíamos y mi papá trabajaba. Entre todas las vacas, había una pequeña que tenía sus ubres chiquitas, esa era la que nosotros podíamos ordeñar, de la misma hacienda también obteníamos papas, habas, entre otros alimentos.

Mi padre era una persona muy trabajadora, por lo cual lo querían mucho en la hacienda, y era felicitado en

repetidas ocasiones por el hacendado. Un día de aquellos, el usual hacendado iba a ser cambiado por otro, lo cual significó un martirio para mi padre.

El nuevo jefe le buscaba la bronca a mi papá, sin motivo alguno. Mi padre una vez me mencionó acerca de mudarnos al terreno que teníamos arriba de la montaña, en ese lugar cultivamos habas, frijoles y trigo.

Ya a los quince años, yo también trabajaba en la hacienda. Un día que estaba pasteando a las vacas, ellas se descontrolaron y salieron corriendo y por poco pasaban encima de mí todos los animales, cuando vi a lo lejos que el jefe venía con una piedra en la mano. Al aventarla él, casi me cae la piedra a mí, yo me enfrenté con ese hombre y ese fue el motivo por el cual nos mudamos a nuestro terreno.

El tiempo pasaba y no lograba acostumbrarme a vivir allí, tanto así que se me hizo rutina ir de la montaña vuelta a Ninabamba donde mi madrina vivía, o ir a San Miguel donde vendía algunos productos que sacaba de la montaña. Los viajes entre punto y punto duraban aproximadamente entre una semana y quince días.

Arriba, cuando era invierno, había frutas verdes y choclo, pero en tiempo de verano, todo se secaba; no crecían los cultivos ni el pasto, nuestros animales poco a poco se fueron muriendo por la falta de alimento, yo podía ver que los animales lloraban y con gran pena, no podíamos hacer nada.

La mamita
(86 años)

UN VIAJE INESPERADO

Mi nombre es Julgencia Laurente Guardia, nací en el pueblo de Pariacancha, provincia de Huari en la región de Áncash, les voy a contar cómo es que llegué a Lima.

Pariacancha es un lugar hermoso, con clima cálido y también lluvias. Hay una plaza pequeña con jardines llenos de flores y palmeras; en sus alrededores está la Municipalidad, una iglesia en donde se celebran las misas en honor al Señor de Mayo, tiendas y un colegio de inicial y primaria.

Los pariacanchinos se dedican a la siembra y a la crianza de animales domésticos, muchos dejaron sus hogares para conseguir mejores oportunidades en la “gran ciudad”, tenían sus planes y metas, pero en mi caso, fue todo lo contrario.

La casa donde vivía era de barro y de teja, tenía tres pisos y mis padres la construyeron. Había un patio amplio, una huerta donde sembrábamos verduras y frutas, también había un corral donde dormían los animales y cerca de la

cocina, había un gran horno donde preparábamos ricos panes, y las comidas nos quedaban deliciosas.

Me vine de Pariacancha a los 12 años en un camión, me subí como broma y aparecí en Lima. El camión era de Efraín Villavicencio, mi primo, él se dedicaba a transportar ganados; mis cuatro amigas y yo, creíamos que íbamos a ir más allacito nada más, pero cuando el camión paró, ya estábamos en Lima. El camino era de puras trochas, la carretera era fea, saltábamos, los toros y las vacas lloraban, pero nosotras nos la pasamos jugando y jugando con los cosméticos de una de mis amigas que ya había estado en Lima.

Cuando llegamos a la gran ciudad, Efraín nos dijo:

Ya, ¿en dónde las dejo?

Yo me quedé callada. Las demás sabían decir en dónde, porque tenían familiares en Lima, pero yo no sabía.

Llévame de nuevo a Pariacancha, ¿para qué me has traído? —le dije.

Él conocía a mi media hermana Bertha, así que me dejó en su casa. Cuando tocó la puerta de mi hermana, ella salió y dijo:

¿Quién es ella?

Tu hermana, la hemos traído —dijo Efraín.

A lo que Bertha empezó a gritar:

¡Manuela, Manuela, ven!

Mi hermana mayor, Manuela, si era mi hermana directa y ella, sorprendida, mencionó:

¿Tú qué haces acá, mi mamá sabe?

En esos tiempos solo había un teléfono en el pueblo de Pariacancha, le decían telegrama. Mi hermana Manuela llamó y mi mamá estaba preocupada y llorando porque no sabía nada de mí.

Yo nunca había planeado venir a Lima, era chiquilla y no estaba esa idea en mi mente. Estando aquí, me quedé en la casa de Bertha y fue aquí donde terminé de estudiar mi secundaria en el distrito de Comas.

Julgencia Laurente Guardia
(45 años)

Desde Yachaq Sonqo, te invitamos a formar parte de nuestra red de informantes y relatores para así mantener vivas todas las costumbres, tradiciones, historias de vida o curaciones que formen parte de tu comunidad.

Para más información, visítanos en nuestra web:

www.yachaqsonqo.org

o escríbenos a nuestro correo oficial:

yachaqsonqo@gmail.com

Este segundo volumen de relatos orales presenta las maneras en que muchos de los peruanos curan males o daños, así como proezas e ingenios de los que se valieron para sacar adelante a sus familias en diferentes contextos que les tocó afrontar. Curaciones e historias de vida son los protagonistas de esta nueva edición.

Una vez más, Yachaq Sonqo agradece, de corazón, la apertura y calidez con la que cada relator nos contó su historia de vida y curación, permitiéndonos formar parte por un breve momento de su intimidad, de su vivencia, de su verdad.

YACHAQ SONQO porque de corazón a corazón las historias suenan mejor.

Con el apoyo de:

| Colección
| Lima Lee



MUNICIPALIDAD DE

LIMA